

PASEO

PASEO

Quando Lerás, tenedor de libros de los señores Labuze y C.^ª, salió del almacén, quedó unos momentos deslumbrado por el brillo del sol poniente. Había trabajado todo el día á la luz amarilla del gas, en el fondo de la trastienda que daba á un patio angosto y profundo como un pozo. El cuarto donde trabajaba desde hacía cuarenta años era tan oscuro, que apenas si en pleno verano podía apagar el gas desde las once á las tres.

Era húmedo y frío, y las emanaciones del patio, penetrando por la ventana, le llenaban de olor á moho y hedor de cloaca.

El señor Lerás, desde cuarenta años antes, llegaba todas las mañanas á aquella cárcel y allí estaba

hasta las siete de la tarde, escribiendo con la aplicación de un buen dependiente.

Ganaba á la sazón tres mil francos anuales, y había empezado con mil quinientos. Permanecía soltero, porque su sueldo no le permitía casarse. Y como jamás gozó de nada, bien poco deseaba. De cuando en cuando, sin embargo, cansado de su tarea monótona y continua, formulaba este voto platónico:

—¡Diantrel Si tuviese quince mil francos de renta, me divertiría de lo lindo.

Nunca se divirtió de lo lindo, porque jamás tuvo otra cosa que sus emolumentos mensuales.

Su vida transcurrió sin acontecimientos, sin emociones y casi sin esperanzas. La facultad de los ensueños, que todos tenemos, no se había desarrollado jamás á consecuencia de la modestia de sus aspiraciones.

Entró á los veintiún años en casa Labuze y C.^a y allí continuaba.

En 1856 perdió á su padre; después, en 1859 á su madre. Y desde entonces no había habido más acontecimientos en su vida que un cambio de domicilio en 1868, porque el propietario quiso subirle el alquiler.

Todas las mañanas, á las seis en punto, su despertador le hacía saltar de la cama. Dós veces, en 1866 y en 1874 se le descompuso aquel reloj, sin que pudiera atinar por qué.

Se vestía, arreglaba la cama, barría y quitaba el polvo del sillón y de la cómoda. En tales operaciones empleaba hora y media.

Luego salía, compraba un panecillo en casa Lahure, donde conociera á once distintos amos sin que cambiase la tienda de nombre, y se ponía en camino, comiendo el panecillo.

Su existencia entera se había consumido en el estrecho escritorio. Entró joven como auxiliar del señor Brument y con el deseo de reemplazarle.

Le había reemplazado y ya no esperaba nada.

La cosecha de recuerdos que hacen los otros hombres durante su vida, los sucesos imprevistos, los amores idílicos ó trágicos, los viajes peligrosos, todos los azares y casualidades de una existencia libre eran letra muerta para él.

Los días, las semanas, los meses, las estaciones, los años habían sido casi iguales. Cada día se levantaba á la misma hora, marchaba, llegaba al escritorio, almorzaba, iba al escritorio, comía y se acostaba sin que nada hubiese interrumpido nunca

la regularidad y monotonía de los mismos actos, hechos y pensamientos.

En otro tiempo miraba su bigote rubio y su pelo rizado en el espejito que dejara su predecesor. Ahora contemplaba cada día, antes de marchar, su bigote blanco y su frente calva en el mismo espejo. Cuarenta años habían pasado, largos y rápidos, vacíos como un día triste, todos iguales como las horas de una mala noche. Cuarenta años de los que nada quedaba, ni un recuerdo siquiera, ni siquiera una desdicha, desde que murieron sus padres. Nada.

Aquel día el señor Lerás quedó deslumbrado por el brillo del sol poniente al salir á la calle. Y en vez de volver á su casa, se le ocurrió la idea de dar un paseito, cosa que sólo hacía cuatro ó cinco veces al año.

Fué á los bulevares donde paseaba una gran multitud bajo los árboles reverdecidos. Era un anochecer de primavera de uno de esos primeros días templados y suaves que hacen sentir la embriaguez de la vida.

El señor Lerás caminaba con su pasito de viejo, caminaba alegre, compartiendo la alegría general, dichoso al sentir la caricia del aire.

Llegó á los Campos Elíseos y continuó andando, reanimado por los efluvios de juventud que emanaban de la naturaleza.

El cielo todo fulguraba; el Arco de Triunfo recortaba su masa oscura sobre el fondo deslumbrador del horizonte, como un gigante que contemplara de pie un incendio. Al llegar cerca de la enorme mole, el viejo tenedor de libros sintió hambre y entró en una taberna para comer.

En la acera, en una mesita frente á la tienda le sirvieron un pie de carnero, una ensalada y espárragos, y el señor Lerás comió con apetito. Bebió media botella de Burdeos bueno para hacer pasar el queso de Brie; tomó una taza de café, exceso que casi nunca se permitía, y luego una copita de cognac.

Cuando hubo pagado se sintió alegre, bien dispuesto, un tanto turbado. Y pensó: «Hermosa noche! Voy á llegar hasta la entrada del bosque de Boulogne. Creo que me sentará bien.»

Se puso en marcha. Una canción antigua, que

años atrás cantaba de continuo una vecina suya, acudía á su memoria:

Quand le bois reverdit,
Mon amoureux me dit:
Viens respirer, ma belle,
Sous la tonnelle.

La cantaba en voz baja, repitiéndola al terminar. La noche había envuelto ya la ciudad; una noche sin brisa, una noche de estufa. El señor Lerás seguía la avenida del Bosque de Boulogne y miraba pasar los coches. Llegaban con sus ojos brillantes, uno en pos de otro, permitiendo ver por un momento una pareja enlazada, la mujer con un vestido claro, el hombre con traje obscuro.

Era como una procesión de enamorados bajo el cielo estrellado y ardiente. Pasaban, pasaban sin término. Pasaban, pasaban reclinados en los coches, mudos, apretados unos contra otros, absorbidos por la alucinación, por la emoción del deseo, por el estremecimiento del abrazo inminente. La sombra cálida parecía henchida de besos que flotaban, revoloteaban. Una sensación de ternura llenaba el aire, le hacía más pesado. Todas aquellas pa-

reas enlazadas, embriagadas por igual deseo, por el mismo pensamiento, inspiraban fiebre á los que pasaban en torno. Todos aquellos coches llenos de caricias, dejaban en pos de sí una emanación sutil y turbadora.

El señor Lerás, cansado de andar, se sentó en un banco para ver desfilar aquellos coches cargados de amor. Y, casi en seguida, una mujer se acercó y se sentó á su lado.

— Buenas noches, amiguito—dijo.

No contestó; pero ella insistió:

— Ven conmigo; ya verás si soy amable.

— Se equivoca usted, señora—replicó el tenedor de libros.

Ella le cogió el brazo:

— Ea, no seas testarudo, oye...

Se había levantado el viejo y se alejó con el corazón oprimido.

Cien pasos más allá le detuvo otra mujer:

— ¿Quiere sentarse usted un momento á mi lado, buen mozo?

Lerás le dijo:

— ¿Por qué lleva usted esa vida?

La mujer le miró con fijeza y con la voz cambiada, ronca, burlona:

—¡Voto val... Supongo que no es por gusto.

Lerás insistió con acento cariñoso:

—Entonces ¿por qué llevarla?

Ella masculló:

—Hay que comer, curioso.

Y se alejó canturreando.

El señor Lerás estaba como asustado. Otras mujeres pasaban cerca de él y le llamaban, le invitaban.

Parecía al viejo que algo negro se extendía sobre su cabeza, algo muy triste y desconsolador.

Se sentó en otro banco. Aun corrían los coches.

—Mejor hubiese hecho de no venir aquí—pensó.
—Me siento malhumorado, aburrido.

Y se puso á pensar en aquel amor, venal ó apasionado, en aquellos besos pagados ó no, que desfilaban ante él.

¡El amor! Bien poco lo conocía. Sólo recordaba dos ó tres mujeres que por casualidad ó por sorpresa fueron suyas, pues su fortuna no le permitió jamás el lujo de una querida. Y pensó en la vida que había llevado, una vida tan distinta de las de los demás, una vida de hastío, triste, monótona.

Hay seres bien desdichados. De pronto, como si se desgarrara un velo, advirtió la miseria, la infini-

ta, la perdurable miseria de su existencia; la miseria pasada y la presente y la futura; los últimos días semejantes á los primeros, sin una esperanza para lo porvenir, sin un recuerdo de lo pasado, sin nada en torno, sin una alegría ó un dolor en el alma. Todo era vacío y triste.

Continuaba el desfile de coches. Vea aparecer y desaparecer en el rápido paso de los coches dos seres silenciosos y enlazados. Le parecía que la humanidad toda desfilaba ante él embriagada de alegría, de placer, de dicha. El solo la miraba, solo, solo del todo. Y en lo porvenir también estaría solo, solo siempre, solo como nadie.

Se levantó, dió algunos pasos y bruscamente cansado, como si acabase de realizar un largo viaje á pie, se sentó en el banco siguiente.

¿Qué esperaba? ¿Qué podía esperar? Nada. Pensaba que cuando uno es viejo debe ser muy agradable encontrar seres jóvenes cuando se vuelve á casa, niños que balbucean ó juegan. Envejecer es agradable cuando se está rodeado de seres que nos deben la vida, que nos aman y acarician y nos dicen esas palabras encantadoras y tontas que calientan el corazón y nos consuelan de todo.

Y pensando en su cuarto vacío, en su cuartito

aseado y triste, donde nadie entraba excepto él, sintió una angustia que le oprimía el alma. Su cuarto se le antojó mucho más triste que su escritorio.

Nadie entraba en él; nadie hablaba. Era como muerto, mudo, sin eco de voz humana. Diríase que las paredes conservan algo de las personas que viven entre ellas, algo de su modo de ser, de su cara, de sus palabras. Las casas habitadas por familias dichosas son más alegres que las de los miserables. Su cuarto estaba vacío de recuerdos, como su vida. Al pensar que debía volver á aquella habitación, solo, que debía acostarse en su cama y hacer lo que cada día, se asustó. Y como para alejarse de aquella morada siniestra y del instante en que debía volver á ella, se levantó, y tomando por la primera avenida del bosque, anduvo un trecho y luego se sentó sobre la hierba.

Oía en torno de él y encima de él, por doquier, un rumor confuso, inmenso, continuo, compuesto de ruidos numerosos y distintos, un rumor sordo, cercano, lejano, una vaga y formidable palpitación de vida: el soplo de París, que respiraba como un sér colosal.

.....

Vertía el sol torrentes de luz sobre el Bosque. Circulaban ya algunos coches y acudían alegremente los jinetes.

Una pareja iba por un sendero solitario. De pronto, la joven, levantando los ojos, advirtió entre las ramas algo obscuro. Señaló con la mano, admirada, inquieta.

—¡Mire usted!... ¿Qué es esto?

Luego, lanzando un grito, se dejó caer en brazos de su compañero, que tuvo que dejarla en el suelo.

Los guardas, que acudieron pronto, descolgaron á un viejo que se había ahorcado valiéndose de sus tirantes.

Se comprobó que la muerte databa de la noche anterior. Los documentos que llevaba en el bolsillo revelaron que era tenedor de libros de los señores Labuze y C.^ª, y que se llamaba Lerás.

Se atribuyó la muerte á un suicidio de que se ignoró siempre la causa. Y se atribuyó á un acceso súbito de locura.

MOHAMMED-PERDIS

Mohammed-Perdis

—¿Tomemos café en el terrado?—preguntó el capitán.

Yo contesté:

—Sí, con mucho gusto.

Se levantó. Obscurecía ya en la sala, alumbrada sólo por el patio interior, siguiendo la costumbre de las casas moras. Delante de las ventanas ojivales, las lianas caían del amplio terrado, donde se pasan las veladas del verano. En la mesa sólo quedaban frutas, esas frutas enormes del Africa, uvas de granos grandes como ciruelas, higos de pulpa violada, peras amarillas, bananas y dátiles de Turgut en una cestita de esparto.

El criado moro abrió la puerta y yo subí la esca-

lera de paredes azuladas que reflejaban la dulce claridad del moribundo día.

Lancé un suspiro de satisfacción llegando al terrado. Dominaba Argel, el puerto, la rada y las costas lejanas.

La casa comprada por el capitán era una antigua morada árabe situada en el centro de la ciudad vieja entre aquellas callejuelas que forman laberinto y en las que pulula la extraña gente que vive en las costas africanas.

Debajo de nosotros, los terrados planos y cuadrados bajaban como escalones de gigantes hasta los tejados oblicuos de la ciudad europea. Detrás de ellos se veían los mástiles de los buques anclados, luego el mar, el mar libre, azul y tranquilo bajo el cielo tranquilo y azul.

Nos tendimos en unas esteras apoyando la cabeza en almohadones, y mientras sorbía lentamente el perfumado café, miraba como aparecían las primeras estrellas en el azul sombrío. Apenas se distinguían, pálidas, lejanas.

Un calor ligero, un calor alado, nos acariciaba la piel. A veces soplos más cálidos, más pesados, henchidos de un vago olor, del olor del Africa, parecían el aliento del desierto que llegaba por sobre

las cimas del Atlas. El capitán, tendido boca arriba, dijo:

—¡Qué país, amigo! ¡Cuán agradable es aquí la vida! ¡Cuán suave y delicioso es aquí el descanso! ¡Esas noches convidan al ensueño!

Yo miraba aún como nacían las estrellas, con curiosidad viva y blanda á un tiempo, con verdadera ^odicha.

Murmuré:

—Debiera usted contarme algún episodio de su vida en el Sur.

El capitán Marret era uno de los oficiales más antiguos de las tropas del Africa, antiguo spahi ascendido por sus hazañas.

Gracias á él, á sus relaciones, á sus amistades, había podido yo realizar un magnífico viaje por el desierto; y aquel día había ido á darle las gracias antes de volver á Francia.

—¿Qué quiere usted que le cuente?—dijo.—Me han sucedido tantas cosas raras durante mis doce años de vida de desierto, que ya no recuerdo una sola.

Yo le contesté:

—Hábleme de las mujeres árabes.

No contestó. Permanecía tendido, con las manos

cruzadas bajo la cabeza, y á veces percibía yo el olor de su cigarro, cuyo humo ascendía perpendicularmente hacia el cielo á causa de la ausencia de brisa.

De pronto se echó á reir.

—¡Bueno! Le contaré una aventura chocante que data de los primeros tiempos de mi estancia en Argelia.

En aquella época había en el ejército de Africa unos tipos extraordinarios, como no se ven ahora, tipos que le hubiesen encantado á usted hasta el punto de darle deseos de no marcharse de esta tierra.

Era entonces simple spahi, un spahi de veinte años, rubio, ágil y vigoroso, un verdadero soldado africano. Estaba destinado á la provincia militar de Boghar. Ya conoce usted Boghar, al que llaman el balcón del Sur, y ha visto usted desde lo alto del fuerte los límites de ese país de fuego calcinado, desnudo, resquebrajado, rojo. Es como la antecámara del desierto, la frontera ardiente y soberbia de la inmensa región de las soledades amarillas.

Estábamos, pues, en Boghar, unos cuarenta spahis y un escuadrón de cazadores de Africa, cuando llegó la noticia de que la tribu de los Uled-Berghí

había asesinado á un viajero inglés, venido no sé de dónde, porque los ingleses parece que tienen el diablo en el cuerpo.

Era preciso castigar aquel crimen cometido contra un europeo; pero el comandante vacilaba en enviar una columna, quizá por creer que un inglés no valía la pena de producir tanto movimiento.

Mientras hablaba de aquel asunto con el capitán y el teniente, un cabo de spahis, que esperaba la orden, propuso de repente encargarse de castigar la tribu si le daban seis hombres.

Ya sabe usted que en el Sur se habla con más libertad que en las guarniciones de las ciudades y que existe entre los oficiales y soldados una franqueza que no hay que buscar en otra parte.

El capitán se echó á reir.

—¿Tú, muchacho?

—Sí, mi capitán; si quiere le traigo toda la tribu prisionera.

El comandante, al que hiciera gracia la proposición, aceptó.

Mañana por la mañana partirás con seis hombres que puedes escoger; pero te escocerá si no cumples tu palabra.

El cabo sonreía.

—No tema usted, comandante; mis prisioneros estarán aquí el miércoles al mediodía lo más tarde.

Aquél cabo, Mohammed-Perdis, como le llamaban, era un hombre verdaderamente sorprendente, un turco, un verdadero turco que entró en el ejército francés, después de una vida muy agitada y no muy ejemplar sin duda. Había viajado por muchos países, por Grecia, Egipto, Asia Menor, Palestina, dejando probablemente mal recuerdo de su paso. Era una especie de bachi-buzuk, atrevido, calaverón, feroz y alegre, pero con el aspecto serio de los orientales. Era de complexión recia, gordo, pero ágil como un mono y montaba de un modo maravilloso. Sus bigotes, muy espesos y largos, siempre me recordaban una media luna ó una cimitarra. Aborrecía cordialmente á los árabes y les trataba con una crueldad espantosa aunque disimulada, inventando sin cesar nuevas jugarretas, perfidias calculadas y terribles.

Tenía una fuerza atlética y una audacia á toda prueba.

El comandante le dijo:

—Escoge los seis hombres.

Mohammed me designó. Tenía confianza en mí, y puedo asegurarle que su elección me produjo tan-

ta alegría como la que sentí algún tiempo después cuando me condecoraron.

Partimos, pues, al día siguiente al amanecer, los siete, sólo siete. Mis compañeros eran de esa casta de bandidos que después de haber merodeado y vagabundeado por todos los países imaginables, acababan por engancharse en alguna legión extranjera. Nuestro ejército de Africa estaba entonces lleno de tales bribones, soldados excelentes aunque poco escrupulosos.

Mohammed nos había entregado á cada uno ocho ó diez cuerdas que no tenían más de un metro de longitud. Yo, como el más joven y menos pesado, llevaba una cuerda de unos cien metros. Al preguntarle para qué tanta cuerda, contestó con su aire socarrón y plácido:

—Es para pescar árabes.

Y guiñaba el ojo con expresión maliciosa, movimiento que aprendiera de un viejo cazador de Africa.

Marchaba al frente del grupo, cubierta la cabeza de un turbante rojo que llevaba siempre en campaña y sonreía satisfecho bajo sus bigotazos.

Era un guapo mozo aquel robusto turco, con su barrigón, sus hombros de gigante y su aspecto

tranquilo. Montaba un caballo blanco, de mediana alzada, pero resistente; y el jinete parecía diez veces demasiado pesado para su montura.

Nos habíamos metido en un vallecito pedregoso, pelado, amarillo, que va á parar al valle de Chelit, y hablábamos de nuestra expedición. Mis compañeros tenían todos los acentos imaginables, pues había un español, dos griegos, un americano y tres franceses. Por lo que hace á Mohammed-Perdis, arrastraba las eses de un modo inconcebible.

El sol, el terrible sol, el sol del Sur, que no se conoce al otro lado del Mediterráneo, caía á plomo sobre nosotros y avanzábamos al paso, como es costumbre allá abajo.

Durante el día entero marchamos sin encontrar un árbol ni un árabe.

A la una de la tarde habíamos comido junto á una fuente el pan y la carne seca de carnero que llevábamos; y después de veinte minutos de descanso, emprendimos de nuevo la marcha.

A las seis de la tarde, por fin, después de un largo rodeo que nos mandó hacer el jefe, descubrimos, detrás de un otero, una tribu acampada. Las tiendas oscuras, bajas, formaban manchas sombrías en el suelo amarillo; parecían enormes hongos

del desierto nacidos al pie de aquel otero rojizo calcinado por el sol.

Eran los que buscábamos. Un poco más lejos, junto á una gran extensión plantada de esparto, pastaban los caballos de los árabes.

Mohammed ordenó: «¡Al galopel!» y penetramos como un huracán hasta el centro del campamento. Las mujeres, aterradas, cubiertas de pingajos blancos que colgaban y flotaban en torno de ellas, se metían en las tiendas, arrastrándose y encorvándose y con unos gritos de animales asustados. Los hombres, en cambio, salían de todas partes, pensando en defenderse.

Fuimos en derechura hacia la tienda más alta, la del agha.

Llevábamos los sables envainados como Mohammed, que galopaba de un modo raro. Permanecía absolutamente inmóvil, erguido en la silla, mientras el caballo corría furioso. La calma del jinete bigotudo contrastaba singularmente con la vivacidad de la montura.

El jefe indígena salió de la tienda cuando llegábamos á ella. Era un hombre alto, amojamado, negro casi, de ojos vivos, la frente prominente, las cejas arqueadas. Gritó en árabe:

—¿Qué queréis?

Mohammed, parando en seco su caballo, le contestó en su lengua:

—¿Eres tú quién ha matado el viajero inglés?

El agha exclamó en voz recia:

—No eres tú quién para interrogarme.

En torno nuestro parecía formarse una tempestad. Los árabes acudían de todas partes, formaban círculo, nos rodeaban, vociferaban.

Semejábanse á las aves de rapiña con sus corvas narices, sus caras flacas de pómulos y quijadas salientes y sus amplios trajes agitados por sus ademanes.

Mohammed sonreía, con el turbán ladeado, la mirada relampagueante, y yo veía como estremecimientos de placer en sus mejillas carnosas y arrugadas.

Contestó con voz tonante que dominó todos los clamores:

—¡La muerte al que ha matado!

Y tendió su revólver hacia el rostro moreno del agha. Vi salir un poco de humo del cañón; luego una espuma rosada de sesos y de sangre que se escapaba de la frente del jefe. Cayó, fulminado, de espaldas, abriendo los brazos, que agitaron, como alas, los anchos pliegues de su albornoz.

Creí que había sonado mi última hora al ver el tumulto que estalló.

Mohammed había desenvainado el sable. Todos le imitamos. Apartando bruscamente á los que tenía más cerca, gritó:

—¡La muerte á los que resistan! ¡Perdonad á los otros!

Y cogiendo con su mano hercúlea al más cercano, le tendió sobre la silla, le ató las manos y gritó:

—Haced lo que yo y acuchillad á los que resistan.

En cinco minutos capturamos una veintena de árabes, que atamos sólidamente. Después perseguimos á los fugitivos, porque la huída fué general al ver los sables desnudos. Cogimos unos treinta árabes más.

Por la llanura se veía correr unas cosas blancas. Eran las mujeres que se escapaban con sus hijos y lanzaban agudos chillidos. Los perros amarillos, como chacales, daban vueltas en torno nuestro ladrando y nos enseñaban sus blancos dientes.

Mohammed, que parecía loco de contento, saltó del caballo y cogiendo la cuerda que yo había traído dijo:

—Atención, muchachos, dos hombres al suelo. Entonces ocurrió una escena terrible y risible á la vez. Hizo un rosario de prisioneros, ó, mejor dicho, de ahorcados. Había atado sólidamente las muñecas del primer cautivo, luego hizo un nudo corredizo en torno de su cuello con la misma cuerda, que apretaba las manos del otro preso y su cuello después. Nuestros cincuenta prisioneros estuvieron pronto atados de tal suerte que el menor movimiento que hiciera para escapar hubiese producido su muerte y la de sus dos vecinos. Todo movimiento apretaba el nudo corredizo y les era necesario andar á paso regular, sin apartarse uno de otro, so pena de caer estrangulados.

Cuando hubo terminado aquella rara faena, Mohammed se rió con aquella risa silenciosa que le sacudía la barriga sin que ningún ruido saliera de la boca.

—Esto es la cadena mora—dijo.

Nosotros mismos reventábamos de risa al ver las caras aterradas y lastimeras de los árabes.

—Ahora,—gritó nuestro jefe— una estaca en cada extremo; ¡atadlas bien!

Fijamos dos estacas á los extremos de la cuerda y las clavamos en el suelo. Los prisioneros estaban inmóviles.

—Y á comer—pronunció el turco.

Encendimos fuego y asamós un carnero que despedazamos con las manos. Luego comimos los dátiles hallados en las tiendas; se bebió leche obtenida de igual modo y recogimos algunos objetos de plata olvidados por los fugitivos.

Acabábamos tranquilamente de comer, cuando advertí en la colina de enfrente un extraño grupo. Eran las mujeres que habían huído horas antes; sólo las mujeres. Acudían hacia nosotros corriendo. Las señalé á Mohammed-Perdis.

Sonrió.

—¡Son los postres!—dijo.

¡Vaya con los postres!

Corrían como locas y bien pronto cayó sobre nosotros una lluvia de piedras que nos lanzaban sin dejar de correr, y vimos que estaban armadas de cuchillos, estacas de las tiendas y de piedras.

Mohammed gritó: «¡A caballo!» Era tiempo. El ataque fué terrible. Venían á libertar á los prisioneros y trataban de cortar la cuerda. El turco, comprendiendo el peligro, se puso furioso y vociferó: «¡Duro! ¡duro! ¡duro!» Y como nosotros permanecíamos inmóviles, turbados ante aquella carga inaudita, vacilando en matar mujeres, se lanzó contra las asaltantes.

Cargó solo contra aquel batallón de hembras astrosas, y era tanta su rabia y tan fuerte su mano que á cada golpe se veía caer un cuerpo.

Era tan terrible, que las mujeres, asustadas, huyeron tan aprisa como habían venido, dejando en el sitio una docena de muertas ó heridas cuya sangre roja manchaba los vestidos claros.

Mohammed, con el rostro inflamado, volvió hacia nosotros y dijo:

—Larguémonos, muchachos; larguémonos; van á volver.

Y nos retiramos, llevando á paso lento nuestros prisioneros paralizados por el miedo de quedar estrangulados.

Al día siguiente, daban las doce cuando llegábamos á Boghar con nuestra cadena de ahorcados. Sólo seis habían muerto por el camino; pero muchas veces tuvimos que aflojar los nudos de un extremo á otro del convoy, porque la menor sacudida ahogaba una docena de cautivos.

El capitán calló. Yo no repliqué. Pensaba en el extraño país donde pueden ocurrir tales cosas; y miraba, en el cielo negro, el golpe innumerable y brillante de estrellas.

EN PRIMAVERA